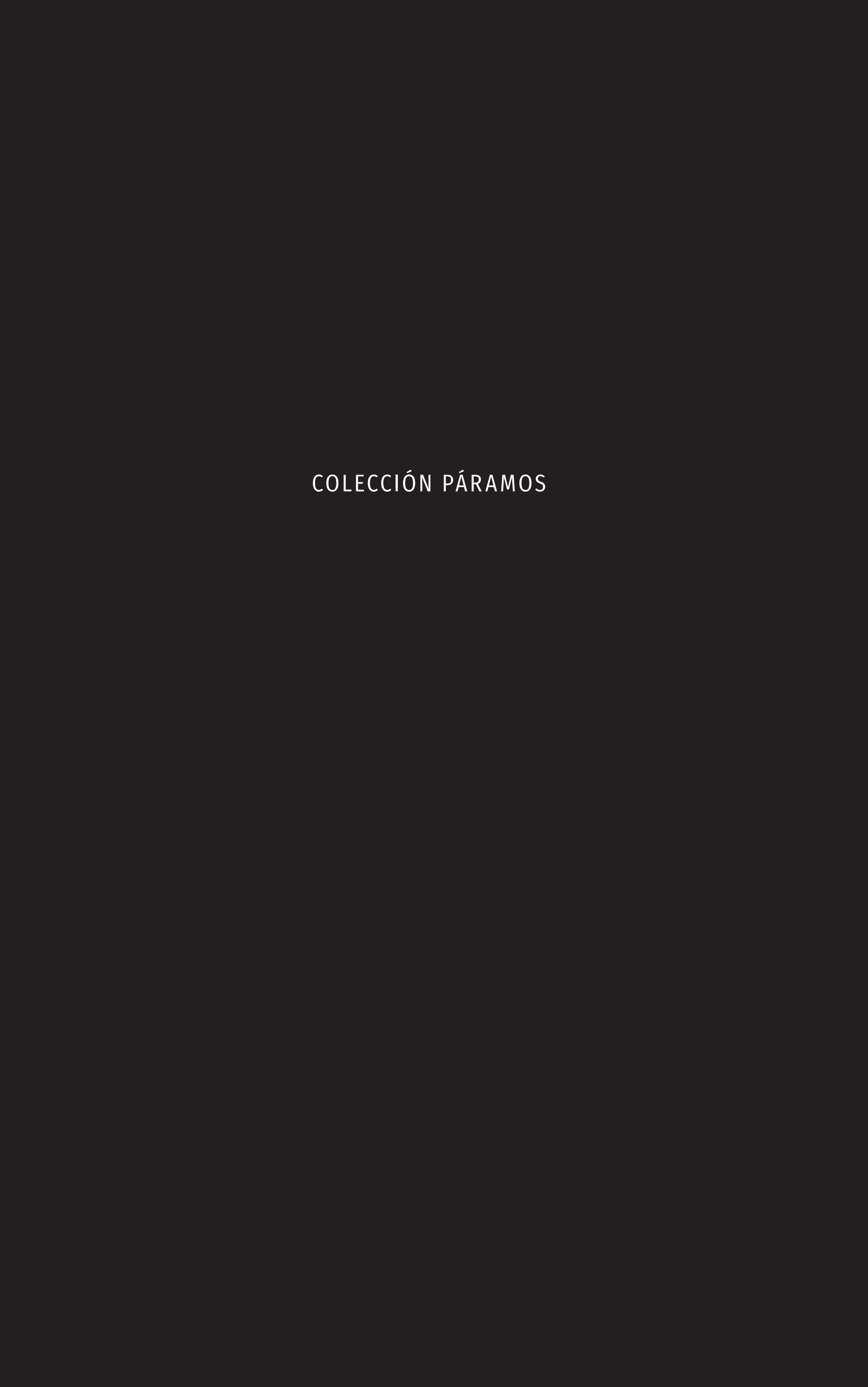
# Algodón del sueño, cuchillo de los zapatos


COLECCIÓN PÁRAMOS

# Algodón del sueño, cuchillo de los zapatos

ALESSANDRA MOLINA

RIALTA EDICIONES

Publicado originalmente por:
Ediciones UNIÓN, La Habana, 2015



Primera edición: 2017

Imagen de cubierta: *Aburrido*, M. R. White, 2016

Publicado bajo el sello RIALTA EDICIONES
Santiago de Querétaro
www.rialta-ed.com

ISBN: 978-607-97438-3-3

El timbre no convocaba a los moradores, era el silencio de la casa habitada por sonámbulos o por esquiadores, gente que toca la tierra muy peculiarmente, con el algodón del sueño o con el cuchillo de los zapatos.

José Lezama Lima, *Oppiano Licario*

## Sin resquicio

Todo el día se habló de la tormenta,
el aire cortaba, entregaba a su antojo
las palabras
de aquellos que la habían adivinado.
Era la extraña llegada de la lluvia
a unos campos
que ya pertenecían a la nieve.
Todo el día se habló de la tormenta,
todo el día se le esperó,
y cerrada la noche,
cerradas las cortinas,
quedó un ojo.
Bajo el cielo rasante
el blanquecino,
desmesurado ojo de la tierra.

## Hálito de la tierra

Dura poco la tregua
de la tierra escondida
por un manto de nieve.

Ya volverá de allí.

Ya ha cruzado ese manto
sin rozarlo siquiera.

Ella que es el adentro,
lo que ciñe las piedras,
lo que sin fuerza empuja
cada muro
y hace de cada apoyo
la pared infinita,
ya se ha vuelto la casa,
su magnitud y hondura.

Hálito de la tierra
que ha tomado mil formas

es la casa en la nieve
y el hombre no lo sabe,
camina en otro mundo.

Ella no va a pedir, no quiere nada,
dice entonces la tierra,
y en esa nada súbita, crujiente,
pone el hombre sus piernas, sus talones,
ya se ve dando muestras de soltura,
tanteando el equilibrio,
la acrobacia o el vuelo de su cuerpo
sobre un manto tan blanco,
tan ligero y rotundo
que lo ha cubierto todo.
Y abajo, dos pulgadas,
su cantidad de tierra.
Y en la casa el destello
y el mate de los bordes.

## La batalla rendida

Arde la lluvia cuando cae en la nieve.
Es madero que prende contra una piedra oculta.
Es memoria de un bosque.
Es ramaje invertido.
Baja a tomar el suelo
y esa otra lluvia recia ya la tiene.
El agua de dos fuentes
y cada una de ellas más sedienta,
dos chicharras de vidrio
que nacerán al fuego
por su vientre.
Arde la lluvia cuando cae en la nieve
(un relámpago llega de muy lejos),
es memoria de un bosque,
es ramaje en ascenso.

## Lugar

También yo he estado allí
donde no hay nada quieto,
nada perdurable,
apenas ese sitio donde afirman los pies
y alguien que se descubre
en su frágil segundo, su resguardo.
Un secreto disperso,
arrojado a las aguas
y a la tierra.

Como el mundo que surge
a la sombra de un fruto
que ya en su día fuera
el hijo del follaje y de las sombras,
he agradecido la noción,
la palabra que invite a otra palabra,
que se atreva a nombrar,
a ser comienzo.

## Parábolas del buitre

> Un buitre me picoteaba los pies. Ya me había desgarrado los zapatos y las medias y ahora me picoteaba los pies. Siempre tiraba un picotazo, volaba en círculos amenazadores alrededor y luego continuaba su obra. Pasó un señor, nos miró un rato y me preguntó por qué toleraba al buitre.
>
> Franz Kafka, «El buitre»

Como el pico del buitre
en la boca del condenado
quiere ser tu palabra
en mi silencio.
Pico y un solo ojo,
cara de un solo lado
que sin moverse
sabe
del otro que vendrá
con la misma pregunta
y la respuesta: «¿Pero,
por qué se deja destrozar así,

por qué se deja atormentar de modo tan salvaje?
¡Si usted lo quiere, buscaré mi arma!»

Y con qué gusto intentamos este relato
que, bien se sabe, no nos pertenece:
un vuelo por la altura, un giro,
la caída en picada y la cabeza del buitre
que pasa por la boca
a ensartar el velo de una garganta.
Relato con un buitre de leyenda
para una garganta de leyenda,
pues no ha habido silencio más suculento
ni más picoteado.
Un silencio profano pero hondo como los cielos,
y un cielo, solitaria gallardía del rapaz
de modo que este
pareciera dar con sus reprobados
en el puro azar del vuelo
y la caída.

Nuestros asuntos, para qué comentarlo,
son la parte intricada, la carne de la carne
de esta rapiña
con este magnífico silencio
y un buitre
tan épicamente atragantado
en la fuente de sangre de su elegido
que llegado el tercero con su arma
no sabría a ciencia cierta
qué matar.